



Blanca Varela

(1926-2009)

Ahora después de su partida

Adolfo Castañón

Ese puerto existe (1959) fue el primer libro de Blanca Varela —una mujer de apariencia frágil y de recia fibra audaz—. Lo publicó, “un poco contra su voluntad, casi empujada por sus amigos”, la editorial de la Universidad Veracruzana en su colección Ficción, con un prólogo afilado y clarividente de su amigo el poeta Octavio Paz, quien la conoció en París cuando ambos eran muy jóvenes. Aliada con el pintor Fernando de Szyszlo, la poeta recorrió junto con su amigo y esposo, los talleres y las buhardillas, las salas de los museos y de las universidades, los cafés y los puentes, junto con otros jóvenes hispanoamericanos como el nicaraguense Carlos Martínez Rivas y los mexicanos Rufino y Olga Tamayo, entre una legión de amigos.

El libro debe su título a Octavio Paz. Blanca —un buen

nombre para una dama finísima dedicada a la ingrata tarea de buscar un lugar en la tierra para la voz de la poesía— ha contado cómo el título original iba a ser el de una pequeña localidad marítima del Perú: Puerto Supe. A Paz no le gustó el título y ella respondió con una voz casi exasperada... “Pero Octavio, si ese puerto existe...”. El sonrió, siempre atento a las insinuaciones de la poesía en el habla diaria. “Ése es el título, Blanca, ya lo tenemos”.

Aunque escrito por una muy joven poeta, pues no creía en el arte, sino en la eficacia de la palabra y el poder del signo, para frasear a Paz, el breve libro era ya una obra enunciada por una voz inusitadamente poderosa, no opulenta, intensa a fuerza de contención y velocidad asociativa.

Varela había participado junto con su maestro, el alto poeta surrealista Emilio Adolfo

Westphalen —amigo y compañero de César Moro—, en la notable revista *Moradas*. De ellos aprendió ese arte del balbuceo y del quiebre que es una de sus mayores contribuciones a la lírica castellana. Y de la amistad y afinidad con ese pétreo poeta calcinante —Emilio Adolfo Westphalen— trajo ella a la lírica el acento despojado y veloz, la cuerda nunca monótona y el tono de asertiva e inusitada sobriedad que invita a la invención de otra cordura. Pero ya desde ese primer libro se puede advertir otra huella, o más bien otro rumbo en su metabolismo poético, el de la palabra armada en el taller de los pintores y escultores contemporáneos y abierta al diálogo con las artes plásticas: Picasso, Matisse, Léger, Van Gogh, Giacometti, Brancusi, a quienes ella y Fernando de Szyszlo pudieron conocer, a veces en persona, a veces sólo

a través de su taller, siempre por su obra.

Blanca Varela restituyó del cuerpo de la lírica hispanoamericana una tensión atenta, una inteligencia ética en la fragua y en la composición del poema, que parecía dictada por la lección sobria de esos maestros de las artes plásticas modernas a quienes conoció en París en los años cincuenta cuando —como ha dicho Szyszlo— “estaban vivos todos los monstruos”: Simone de Beauvoir de quien fue confidente y amiga, Sartre, Breton, Bataille, Malraux, Camus, Duchamp, Giacometti, Eluard, Papaioannou, Cioran...

La pequeña e inteligente Blanca Varela era rápida como la brisa y simpática como un rayo de luz. Tenía una conciencia escrupulosa del otro, y tal vez esa fue la razón por la que hizo tantas amistades en esa ciudad donde parece haber conocido a todos: uno por uno, una a una... No maravilla que se haya llevado de vuelta a Lima como un regalo transparente esa lección ética y estética de sobriedad y convivialidad que de algún modo ya traía un poco en la sangre.

Era Blanca Varela como un límpido estandarte de la más alta nobleza espiritual americana. Nuestro maestro y amigo José Luis Martínez la conoció cuando fue embajador de México en el Perú y ella lo puso en contacto con la pléyade limeña de entonces: Carlos Germán Belli, Javier Sologuren, Ricardo Silva Santisteban y, a la distancia, Luis Loayza, Julio Ramón Ribeyro, Jorge Eduardo Eielson. Además, lo acompañó a visitar al historiador Raúl Porras Barrenechea y, desde luego, a ir a librerías de lance. Poco después, cuando José

Luis Martínez fue nombrado director del Fondo de Cultura Económica en 1978, designó a Blanca Varela como directora de la filial en Lima.

Fueron años de intensa actividad en la promoción cultural. Secretamente, Blanca

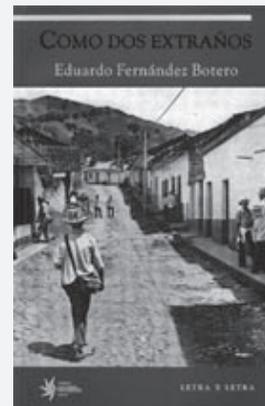
.....
Blanca Varela, además de escribir poemas cortantes y elocuentes, para buscar la voz de su voz, sabía hablar cara a cara y al tú por tú, al vos por vos, con el príncipe y con el mendigo
.....

seguía puliendo sus versos por las noches o las madrugadas en su casa de Barranco, frente al mar, mientras leía poesía clásica española... *Canto villano*, *Ejercicios materiales*, *El libro de barro*, fueron saliendo de sus manos como fulgurantes piedras pulidas. Le dio a la editorial en Lima y desde Lima un vuelo que sabría mantenerse durante esos años, en los siguientes con el poeta Jaime García Terrés y, más tarde, durante la primera administración de Miguel de la Madrid. No, no había mucho dinero, a pesar de los aires de grandeza que les gusta darse casi siempre a los mexicanos. Pero la nobleza de Blanca, su voluntad y su conocimiento preciso del terreno —Blanca Varela era una señora no sólo digna sino tremendamente práctica— fueron armando, con ayuda del poeta y tipógrafo Abelardo Oquendo, una breve biblioteca peruana con ediciones y coediciones propias.

Tan celosa con los recursos como con las erratas, Blanca tenía una verdadera cultura económica —para jugar con el nombre de nuestra editorial— y, al final de su gestión, dejó como herencia para las siguientes administraciones un pequeño capital para seguir haciendo y distribuyendo libros americanos en América.

Blanca Varela, además de escribir poemas cortantes y elocuentes, para buscar la voz de su voz, sabía hablar cara a cara y al tú por tú, al vos por vos, con el príncipe y con el mendigo. Gracias a ella, a su amistad inteligente, a su magnetismo y tesón, figuran en el catálogo del FCE los nombres de Inca Garcilaso, Mario Vargas Llosa, Luis Loayza, Julio Ramón Ribeyro, José María Arguedas, Franklyn Pease y muchos otros.

Menuda, fina, divertida y certera, Blanca no pasaba desapercibida. Una anécdota: durante uno de los festivales internacionales de poesía de la ciudad de Medellín, organizados por Fernando Rendón y Ángela García, Blanca fue invitada a leer poemas en un inseguro barrio de las afueras, todavía dominadas a fines de los años ochenta por la violencia y la guerrilla. A la lectura asistieron, en la parte de atrás, unos encapuchados armados. Al final uno de ellos se acercó y sacó de una bolsa otra donde venía cuidadosamente envuelta la edición inconfundible de *Canto villano* que se había publicado en México. Era evidente que el libro había sido leído muchas veces. El encapuchado le pidió a Blanca que se lo firmara sin dedicárselo. Así lo hizo ella y el hombre vestido de verde desapareció. Poco después, vio acercarse a un estudiante que



Como dos extraños
Eduardo Fernández Botero
Fondo Editorial Universidad Eafit
Medellín, 2009
248 p.

El libro es una historia de amor llena de sorpresas, en un pueblo de Antioquia, durante la primer mitad del siglo XX.

Como dos extraños más que una novela es la radiografía de la interioridad de un pueblo paisa, hace cien años, alma con alma en choque, o por enfrentamiento entre liberales y conservadores, o en el interior de conservadores entre sí, o en los patios traseros de liberales consigo mismos.

Es una hermosa e inesperada obra de arte, cuya estructura narrativa tiene delineamientos diferentes a la estructura de la novela moderna.

Belisario Betancur

llevaba en la mano el libro que Blanca acababa de firmar. Se despidió de ella con un beso y una sonrisa.

Esta anécdota transluce algo del alma generosa de Blanca Varela. Poeta, lectora, alentadora de jóvenes poetas, editora, ciudadana y gran señora de la palabra y el silencio, guardia celosa del lugar del canto (no en balde era amiga y discípula del místico material Emilio Adolfo Westphalen).

Cuando en plena campaña del escritor Mario Vargas Llosa por la presidencia de la república, los también escritores y también políticos Julieta Campos y Enrique González Pedrero (a la sazón, efímero director del FCE) hicieron una visita a Lima, sostuvieron una cena con el escritor y su esposa Patricia, además, los acompañábamos Mauricio Merino y el suscrito testigo. La cocina —deliciosa— la preparaba una simpática señora danesa, amiga de Blanca, que me recordó a otra santa, Karen Blixen. Eran los años rudos y crudos de la actividad de Sendero Luminoso. Durante la cena, Blanca dijo poco, pero todos dejaban de hablar cuando ella tomaba la palabra. Blanca Varela traía la palabra limpia, la palabra verdadera del que sabe conversar y debatir a mano limpia y puede hablar y callar con todos. Sus últimos años tácitos fueron una lección que ahora después de su partida seguirá creciendo.

Para recordármelo, además de los poemas en sus libros, tengo una pequeña llama prehispánica tallada en cuarzo y ceñida por un anillo de plata. Es como un juguete o un amuleto de sacerdote inca que Blanca Varela me regaló en uno de sus últimos viajes a México diciéndome: “Cuídalo para que te

cuide”. Ahora nos toca cuidarla a ella en nosotros.

Blanca Varela —hija pródiga del surrealismo, como la llamó Octavio Paz— recibió en vida diversos reconocimientos, como el Premio de Poesía y Ensayo Octavio Paz, el Premio Iberoamericano de Poesía Reina Sofía y el Premio de Poesía de la Ciudad de Granada. Estos galardones expresan sintéticamente la vasta red de amistades y de lectores que ella fue dejando como una estela a su paso por el mundo de las letras y de las artes. Blanca Varela supo alentar la obra naciente de las mejores mujeres escritoras en su país y en otros rumbos de América, como pueden atestiguar los lectores de Carmen Ollé y Rocío Silva Santisteban en Perú y de Yolanda Pantín, Blanca Strepponi y Gloria Posada en Venezuela y Colombia.

El congreso del Perú publicó en Lima, en 2007, un libro en su homenaje: *Nadie sabe mis cosas. Reflexiones en torno a la poesía de Blanca Varela*, al cuidado de Gabriella Dreyfus y Rocío Silva Santisteban. En esa obra que resulta un verdadero mapa de la poesía peruana e hispanoamericana contemporánea colaboran, entre muchos otros autores, Octavio Paz, José Miguel Oviedo, Roberto Paoli, Eduardo Chirinos, Carmen Ollé, Ericka Geheresi, Jean Franco, Yolanda Westphalen, Yolanda Pantin, Rosina Valcárcel, Rosella Di Paolo, Betsabé Huamán, entre muchos otros. 

Adolfo Castañón (México)
Escritor, poeta y traductor mexicano. Entre sus obras publicadas destacan: *La campana y el tiempo*, *Fuera del aire* y *El pabellón de la límpida soledad*. Ha traducido a J. J. Rousseau y a George Steiner, así como obras sobre Spinoza y Jorge Cuesta, entre otros.